

La Codosera, un pueblo de La Raya

JOSÉ LUIS DEL OLMO BERROCAL
Cronista oficial de La Codosera
jlcodosera@gamil.com

RESUMEN

La presente crónica es parte de la historia de La Codosera durante los últimos 90 años, un pueblo singular y de La Raya, a destacar como poseedor de uno de los paisajes naturales más bellos de Extremadura, rico en matices derivados de la convivencia con sus vecinos portugueses. A destacar el aprovechamiento del Gévora como motor importante en sectores agrícolas, ganaderos y turísticos, sus fiestas populares, algunas, con raíces ancestrales procedentes de su pasado como villa portuguesa, sin olvidar que, desde hace 72 años, la devoción de muchos extremeños, eligen el municipio para visitar a la Virgen de los Dolores, en el Santuario de Chandavila.

PALABRAS CLAVE: Codosera, Bacoco, mochilero, Gévora.

SUMMARY

The present chronicle is part of the history of La Codosera during the last 90 years, a unique and La Raya people, to stand out as one of the most beautiful natural landscapes in Extremadura, rich in nuances derived from coexistence with its neighbors portuguese It is worth mentioning the use of the Gévora as an important engine in agricultural, livestock and tourism sectors, its popular festivals, some with ancestral roots coming from its past as a portuguese village, not forgetting that, for 72 years, the devotion of many Extremadura, The municipality to visit the Virgin of Sorrows, in the Sanctuary of Chandavila.

KEYWORDS: Codosera, Bacoco, backpacker, Gévora.

Poder participar en el homenaje que se prepara sobre los “*Noventa años de vida de la Revista de Estudios Extremeños*” para hablar de La Codosera y su entorno, es algo muy querido y gratificante.

Antes de realizar una crónica breve sobre lo que ha sido la vida del pueblo en estos últimos noventa años, voy a intentar, de una forma llana y sencilla, realizar la fotografía de algunos de los pasajes que condicionaron la forma de ser tan genuina de sus habitantes, con el deseo de que, al final de su lectura, hayan pasado un rato entretenido y, sobre todo, si todavía no lo han hecho, sientan la necesidad de conocer y querer un poco más esta tierra rayana.

Nací y crecí cerca de la ribera de uno de los ríos que discurren por las tierras de uno de los rincones más bellos de Extremadura, el Gévora.



Río Gévora a su paso por la Codosera

Mis recuerdos de pequeño están colmados de imágenes y sonidos plagados de vida en torno a este río y sus afluentes, el trino de las aves revoloteando en el aire o el murmullo de sus aguas formando remolinos por doquier son difíciles de olvidar, así como también el tintinear de las esquilas que portaban el ganado y que a sus orillas bebían, o el chapuzón de los patos zambulléndose a la caza de su codiciada captura, el chasquido de un guijarro que cualquier compañero de juego lanzaba para cortar el agua y sobre todo, observar las aguas claras y transparentes de un río plagado de vida, venido de la otra parte de la frontera procedente de las montañas portuguesas, allá en la Sierra de

São Mamede donde nace fiero y bravo para llegar a las inmediaciones del casco urbano, hacerse manso y regar una de las vegas más hermosas de este rincón extremeño que, por su importancia, el entorno por donde discurre ha sido declarado de Interés Comunitario (LIC) por el buen estado de conservación que tiene su ecosistema, lo que permite que en él se den cita una gran variedad de especies faunísticas y florísticas, hasta el punto de ser considerado como uno de los ríos de mayor riqueza biológica de España y Europa. El río Gévora es, además, el único río truchero de la provincia de Badajoz. Recientemente el tramo alto, que discurre por la localidad, también se ha declarado zona ZEPA (zona de especial protección para las aves) y ha entrado a formar parte de la Red Natura 2000 para espacios protegidos a nivel europeo a lo largo del cauce junto a sus afluentes.



Puente sobre el Gévora año 1933

La Codosera destaca por ser un pueblo singular donde en el lenguaje, la gastronomía, el folklore, la música y la cultura en general, hay matices propios de La Raya. Por ello, su nexos con el país vecino, constituye la característica más significativa de su propia identidad.

Es un lugar encantador que en los últimos tiempos apuesta por el turismo, poniendo en valor su paisaje natural de gran belleza, sus tradiciones y fiestas populares que a lo largo del año se celebran.

Quién visite esta población y lo desee, podrá realizar una serie de rutas de senderismo bien a pie o a caballo, o presenciar las famosas carreras de MotoCross en el circuito de Valleseco, pruebas puntuables para el campeonato de Extremadura, o, si elige el verano y le gustan los baños, darse un chapuzón en las transparentes aguas de las Piscinas Naturales del río Gévora.

Para los amantes del turismo religioso, si el paisaje del entorno es hermoso, el paraje de Chandavila lo es mucho más y, por ello, merece la pena realizar una visita. El Santuario de igual nombre es un lugar donde llegan los peregrinos a meditar y a rezarle a la Virgen.

Estratégicamente, es un municipio integrado dentro de la comarca de La Raya, a caballo entre el Alentejo portugués y la Comunidad de Extremadura, separados ambos por una frontera política, pero compartiendo elementos históricos, familiares, culturales y económicos.

Además de limitar por el oeste con Portugal, está situado a 58 km de Badajoz, hacia el norte con los términos de San Vicente de Alcántara y Valencia de Alcántara y al SE con el de Alburquerque.

La Codosera es un pueblo muy tranquilo, con un casco antiguo bien conservado con calles empinadas, situado en la parte baja de las laderas de una colina, cuyo trazado, partiendo desde el Castillo, se extiende en una sola dirección en forma de abanico buscando las zonas llanas de la población.

En material de viviendas, hace noventa años censados había 2.229 habitantes, casi el mismo número de los que consta en la actualidad, distribuidos en 16 calles, seis callejas, dos plazas, un llano y dos ejidos. Hoy día, gracias al turismo y a los emigrantes que, aunque residen fuera, algunos de ellos, aquí se han construido su segunda vivienda, de las 16 calles de hace 90 años, se ha pasado a un total de 60. Por tanto, el crecimiento de nuevas construcciones, ha sido considerable.

La densidad de población ha ido evolucionando ligeramente, con un leve crecimiento demográfico a partir del año 1927, hasta llegar a los 3.334 habitantes en 1960. Tras esta fecha, con el fenómeno de las corrientes emigratorias, comenzó el declive hasta llegar al censo del pasado año con 2.221 vecinos empadronados.

La construcción de nuevas viviendas en los últimos cuarenta años no ha parado de crecer y todavía y, a pesar de la crisis, actualmente, se siguen construyendo, no solo en el casco urbano, si no también dispersas por la campiña. La mayoría son tipo chalé (del francés, *chalet*), concebidas principalmente para

su uso como viviendas unifamiliares con habitaciones exteriores, sin patios intermedios y muy poco parecidas a las de nuestros abuelos, donde, en algunas de las nuevas, no suele faltar el jardín o un trozo de terreno anexo con árboles frutales y buena tierra para sembrar hortalizas y, en las menos, aunque su número no para de crecer últimamente, la piscina en el jardín, un añadido más para la calidad de vida de sus habitantes.

Recorriendo las calles del casco viejo encontramos cantidad de viviendas encaladas, fieles testigos al devenir de casi un siglo de existencia. Son casas con gruesas paredes lo que permite mantener en su interior una temperatura casi constante, en verano como en invierno. Muchas de ellas, fueron construidas por los mismos trabajadores que posteriormente serían sus moradores, utilizando los materiales localizados en los alrededores, como la piedra de pizarra y la cal morena extraída de la cercana mina de La Calera. Casas blancas por los cuatro costados, con suelos de lanchas de pizarra y techos sujetos con palos de madera, de dos plantas de altura, la de abajo para vivir la familia y la de arriba, llamada doblado, para almacenar el grano y los utensilios necesarios para las faenas agrícolas y ganaderas. Casas con lumbre en el hogar y grandes chimeneas con olor a chacina, con puerta falsa por donde entraba el ganado y las mulas con el carro, casas con grandes cocinas y mesa camilla con mantel de hule, bajo el que se guardaban las cartas de la familia, las fotografías y las facturas pagadas. Hogares heredados de padres a hijos y que en muchos de ellos han vivido juntos hasta tres generaciones por familia.

En el aspecto económico, La Codosera es un pueblo con vocación comercial, una de las diferentes formas utilizadas por algunos vecinos para ganarse la vida como consecuencia de su cercanía a la frontera, de la que apenas la separan algo más de 3 km y muy próxima a los núcleos urbanos portugueses, donde se localizan, si en la parte española en un radio de 30 km solo hay dos poblaciones, Alburquerque y San Vicente de Alcántara, en territorio portugués se cuentan algo más de una docena entre municipios, villas o *freguesías*, como Esperança, Arronches, Mosteiro, Sao Julião, Alegrete, Besteiro de Cima, Moeda, Nave Fría o Parra, entre otros.

Hace noventa años el pueblo contaba con Agencia de Aduana, donde trabajaba un nutrido número de funcionarios, entre agentes de policías gubernativos, vistas de aduana o personal auxiliar. Era éste uno de los cuatro establecimientos aduaneros oficiales situados en la provincia de Badajoz, que hizo posible mantener relaciones cordiales con el país vecino hasta el año 1950 que, por orden del Ministerio de Hacienda, junto con el ubicado en Valencia del Mombuey, se suprimieron.

Consecuencia de su cierre, el pueblo perdió prestigio y peso en la comarca y muchos de los negocios que se concertaban desde aquí o viceversa, como las partidas de cereales que procedentes del puerto de Lisboa tenían como destinatarios industriales de la zona, comenzaron a comercializarse a través del puerto de Huelva.

Cerró la Aduana, pero a partir del año 1940 aumentó el número de guardias civiles destinados en el pueblo al mando de un oficial, como comandante de puesto, con el fin de intentar acabar, en ambas direcciones, con el paso de contrabandistas por la frontera, aunque por mucho que lo intentaron, no pudieron erradicarlos. En los años cuarenta eran pequeñas partidas comparadas con el tráfico de camiones cargados con productos diversos que, antes de los acuerdos con la U.E., traspasaban la línea fronteriza de manera clandestina.

En plena posguerra, con el racionamiento en España y la escasez de artículos de primera necesidad, La Codosera pasó a ser un centro importante de aprovisionamiento de productos de primera necesidad, al que llegaban constantemente viajeros con dinero procedentes de otros lugares a tratar de comprar lo que hubiese, entre ellos, el pan, azúcar, piedras de mechero, jabón o tejidos. Ante la fuerte demanda existente, a través de la extensa frontera comenzaron a fluir abundantes cantidades de artículos difíciles de controlar por los agentes fiscales y para esquivarlos, hombres, mujeres y niños, utilizaron toda su imaginación.

Una de las tretas utilizadas por ciertas señoras que de vez en cuando cruzaban la frontera, estaba amparada en la Ley, que prohibía a un guardia civil cachear a una mujer en pleno servicio de sus funciones. Sabedores de dicha norma jurídica, y que en los cuarteles del pueblo mujeres guardias no había, de vuelta a sus domicilios volvían forradas bajo sus ropas con todo lo que les había sido posible ocultar.

Los niños del pueblo también cruzaron la frontera muchas veces tratando de ganarse unas pesetas tan necesarias en sus casas. Os cuento uno de los casos que se dieron con la corcha. Esta vez el contrabando de la corcha iba en dirección a Portugal donde la compraban a un precio mayor.

Los niños, algunos, huérfanos de padre, en una de las fincas situadas a las afuera del pueblo, compraban el bornizo, la primera corcha que al árbol se le saca, más delgada y por tanto de menor peso y, con un saco lleno a sus espaldas emprendían la marcha hacia el pueblo portugués de Alegrete que era el lugar donde estaba el comerciante que se la compraba. Intentaban transitar alejados del camino, eligiendo senderos y veredas para no ser vistos por los

guardias, subiendo sierras y atravesando ríos y regatos. Si la suerte les acompañaba, llegaban al comercio y con las ganancias de la venta compraban los encargos que en sus casas les habían hecho. En más de una ocasión, durante el regreso, les pillaron los carabineros y más de uno les tuvo que suplicar misericordia para que la mercancía no se la quitaran.



Un exmochilero en la Rabaza

Se contrabandeaba con la corcha y curioso e importante también fue el negocio de la recova donde los industriales de la localidad jugaron un papel importante.

Cuando en la España de la época, las granjas avícolas no se habían inventado, la única forma que tenía el ama de casa de llevar huevos frescos de gallina o cualquier tipo de aves de corral a su despensa, procedían de las zonas rurales, el lugar donde en cada casa de campo, caseríos o cortijos, abundaban. Los recoveros o sus empleados cada mañana salían a los caminos con mulas de carga y recorrían los cortijos y comercios de los caseríos próximos a la frontera para proveerse de cualquier oferta existente, incluso, un porcentaje importante, habían cruzado la frontera por mujeres que, de contrabando, habían pasado desde Portugal.

En la actualidad, las viejas granjas de aves han sido sustituidas por explotaciones industriales de gran rendimiento, la principal de todas por su expansión comercial a nivel regional, es sin duda Granja el Cruce, creada en el año 1961, una de las primeras empresas a nivel regional, que continúan en el negocio y distribución del sector.

Con respecto a la agricultura, desde antaño, el codoserano supo valorar la herencia recibida de sus antepasados, diferente en este lugar a otras zonas de la región.

A destacar que es un pueblo rico donde el agua fluye con facilidad. Ello ha dado lugar a que en cualquier cortijo alejado del casco urbano hay una fuente que satisface las necesidades del hogar y además, en la mayoría de los casos, el acuífero produce la necesaria para regar una huerta donde sus dueños cada año cultivaban los productos necesarios para el gasto de cada casa.

La diversidad de producción agrícola, expandida por el término municipal, facilitó que, en los años cuarenta, existiendo el racionamiento, para comer algo siempre había. Hoy día las fincas se han convertido en explotaciones selectivas que en nada se parecen a cuando, hace noventa años, el agricultor labraba sus tierras con un arado de la época de los romanos.

Eran tiempos difíciles para un labrador, padre de familia, que, con pocas herramientas, y solo con el esfuerzo de sus brazos, le tenía que arañar a la tierra el sustento de su familia para sacar a sus hijos adelante.

Por ello, familias con hijos, nada más éstos cumplir cierta edad, se les asignaba una tarea en el campo, desistiendo enviarlos a la escuela.

Consecuencia de esta forma de pensar, el nivel cultural de la población de hace noventa años no era nada esperanzadora, con la mayoría de los vecinos analfabetos, más o menos como en el resto de Extremadura.

A pesar del empeño en mitigar esta circunstancia por los respectivos alcaldes que estuvieron en el cargo, poco pudieron hacer por solucionar el problema, dado lo disperso que se encontraban las viviendas de los niños en edad escolar. En algunos casos y periódicamente, en zonas distantes del casco urbano, el ayuntamiento alquilaba una casa para cobijar al maestro y tratando que los niños asistieran a sus clases, aunque solo fuese por la noche. En la oscuridad de la noche y por caminos solitarios, las niñas del campo nunca fueron y niños pocos.

Ya en el pueblo, a diferencia de los chicos, la asistencia de niñas a la escuela era mayor, ya que la mujer en las tareas del campo intervenía menos, si

acaso, las madres de condición humilde trataban de colocar a sus hijas, llegados los 8 o 10 años, como niñeras en casas particulares.

Todo ello era consecuencia de la penuria económica en la cual se encontraban los ayuntamientos y la mayoría de las familias. El centro escolar no existía y, en los años veinte, solamente dos escuelas ubicadas en casas arrendadas que no reunían las condiciones adecuadas, entre otras cosas, sin patio para el recreo ni cuartos de aseo.

En los años cuarenta de las dos escuelas que había se pasó a cuatro en el casco urbano y se crearon dos en la campiña, una en el caserío de Lavarse y la otra en El Marco. Debido a que los niños hasta los seis años no se escolarizaban también existía la escuela llamada de los cagones, a la que asistían cargando con su silla desde casa. La escuela era propiedad de un señor de profesión zapatero, y que en su vivienda tenía una sala apropiada donde remendaba los zapatos y alrededor de su asiento y, junto a él, sentaba a la chiquillería que no paraban de recitar las canciones que el buen hombre les enseñaba.

Peor lo pasaban los niños residentes en el campo. Vivir en la campiña, con sus problemas de desplazamiento, durante muchos años, fue un tema no resuelto en el ámbito escolar hasta que entró en vigor la llamada Ley General de Educación de 1970 (4/agosto/1970), que por primera vez en nuestro país regulaba y estructuraba todo el sistema educativo español, principalmente la obligatoriedad de educación plena para todos los niños y niñas en edades comprendidas entre los 6 y los 14 años. En esta fecha La Codosera no era igual que otros pueblos, al tener casi el 50% del alumnado viviendo alejado del casco urbano, en algunos casos a no menos de 10 o 15 km. Con una población censada en el año 1970 de 2.704 habitantes, aproximadamente la mitad 1.327 vivían en el núcleo urbano y el resto 1.377 dispersos por la campiña.

Con la entrada de la nueva ley de la que hablamos, en el casco urbano del pueblo se construyó un centro de enseñanza pública de EGB de dieciséis unidades con comedor escolar y servicio de transportes para garantizar la asistencia de cuantos alumnos residían diseminados por la campiña. Como cada mañana, de lunes a viernes, el autobús recogía a los escolares en los lugares establecidos, dándose el caso curioso que, la totalidad, entraban en el autobús hablando portugués y así viajaban durante el trayecto y solo dejaban de hacerlo pasándose al castellano, cuando entraban a clase por las puertas del nuevo colegio.

A diferencia de otros pueblos de la provincia, muchos jóvenes al llegar a su madurez pudieron trabajar en el tema del contrabando.

Para hablar de ello, nos vamos a situar en el año 1942 fecha en la cual se reunieron los dos jefes de estado, Francisco Franco y Salazar para hablar de seguridad y protegerse militarmente firmando el Pacto Ibérico y deliberadamente obviaron lo más elemental, firmar un acuerdo comercial para que un país le pueda vender al otro lo que crea oportuno dentro de la legalidad. Pues no. De eso no hablaron, ni aquel día ni tampoco en los sucesivos años que estuvieron en el poder. Se firmó el primer en el año 1978, cuando ambos ya habían fallecido.

Ante esta falta de acuerdos, Portugal, gran productora de artículos como el café a bajo coste, tenía que venderlos en el exterior de cualquier forma, ya que en España apenas había y el que se encontraba disponible en las tiendas su precio era el doble. Los primeros cafeteros surgidos en los años cuarenta, entre los que se encuentran la familia Nabeiro en Campo Maior, empezaron a fabricarlo en un cobertizo bajo la marca “ O Camelho” y hoy día con su marca Delta poseen un imperio comercial. El éxito de su empresa fue la de organizar cuadrillas de hombres fuertes y audaces para evadir cualquier encontronazo bien con los guardias fiscales portugueses o también con los carabineros españoles a la hora de cruzar la frontera o sus aldeaños.

En línea recta por caminos o senderos Campo Maior debe de estar de La Codosera a unos 30 km de distancia, por lo que dichos empresarios ponen sus ojos en los habitantes, en el mundo obrero de clase humilde de La Codosera para su plan comercial. A todos ellos, el señor Nabeiro le daba el saco de café fiado, con la condición que en el siguiente viaje se lo tenían que pagar. El negocio fue todo un éxito.

Al abrigo del contrabando, en La Codosera y en los terrenos cercanos a la misma frontera comenzaron a surgir aldeas donde se asentaron los primeros comerciantes junto a contrabandistas conocedores de las mejores rutas para burlar la vigilancia de las autoridades fiscales.

Uno de estos caseríos es El Marco, situado junto al arroyo del Abrilongo, río que hace de frontera a escasos tres km del casco urbano de la población. Por tanto, una sola comunidad donde vivían entremezclados portugueses y españoles, con un idioma común, el portugués, dos vecindades con pocos documentos, un solo idioma, una cultura común heredada de siglos y un arroyo que en un principio se cruzaba al salto, después pusieron pasaderas y más tarde un tablón de madera, el cual tenían que quitar cuando los guardias de vez en cuando regresaban, lo mismo unos que otros. Así convivieron años. La tabla desaparecía una y otra vez y otras tantas alguien la volvía a ubicar, hasta que

decidieron instalar una más ancha y resistente que soportase el peso de varias personas a la vez, e incluso, el de una carretilla cargada. Con la carretilla o carretón llegó el progreso y además se industrializó el contrabando. Cada vez que los vecinos verificaban que los guardias se habían marchado, las carretillas volaban de un lado hacía el otro en ambas direcciones cargadas de todo lo que interesase vender a los vecinos de la otra parte.



El puente del Marco

El tablón de madera, tras 90 años de permanencia, con la entrada en vigor del tratado de *Schengen* en 1994, que abolió las fronteras interiores de la Unión Europea, su agonía se agravó definitivamente en el año 2002 cuando el euro se convirtió en moneda común. La gente siguió pasando por encima del improvisado puente ya sin miedo a los guardias. Las autoridades de ambos municipios entendieron que los tiempos eran otros y había que hacer algo para recordarlo y contentar a todos. Y así es como decidieron construir el bonito puente que les muestro en la fotografía insertada que, con tres metros de largo por uno y medio de ancho, dicen ser “*el puente internacional más pequeño del mundo*”.

Partiendo desde El Marco dirección norte, siguiendo la línea fronteriza, se localiza otra de las aldeas perteneciente al municipio, La Tojera, igualmente casi unida a la línea divisoria, donde en los años de pujanza había trabajo para todos y ganas de divertirse no faltaban. Para ello, contaban con un salón de baile

donde cada dos por tres se organizaban festejos entre los jóvenes y las mozas que vivían en las proximidades, igual en España que en la cercana Portugal.

El negocio del contrabando del café tuvo tanto éxito que los hombres que se dedicaron a ello, llamados mochileros, por el saco que llevaban a la espalda, terminaron agrupándose en cuadrillas, muchos de los cuales aún viven y participan en charlas contando sus interesantes aventuras.

Los mochileros se agruparon en cuadrillas y dejaron de ser autónomos contratados por alguien que no los acompañaba. Algunos de ellos vivían en caseríos, como éste de La Tojera, pero la mayoría procedían del casco urbano. Solían ser gente con un gran sentido de disciplina ante el jefe que los dirigía. Ser fuerte era una condición indispensable ya que habrían de caminar por la noche para no ser vistos, cargados con la mochila que a veces sobrepasaba los 25 kg. Aparte de esta carga, llevaban sujetos al pecho una bolsa con 5 kg, a la que llamaban fiador, esta última cantidad ya pactada que sería su salario, para, en caso de ser sorprendidos por los guardias, tirar la mochila, salir huyendo y quedarse con el fiador, garantizando que, al menos, el jornal no lo perdían.

Las aldeas junto a la raya jugaron un papel importante en el negocio del café, sobre todo las lonjas donde no faltaba un espacio dedicado a bar, lugares de encuentro, de citas secretas, miradas de complicidad y de pocas palabras. Eran el refugio del carabainero y lugar de descanso del contrabandista, matando las horas sin hacer nada hasta que llegase el momento de emprender otra nueva aventura. A veces, los guardias y los mochileros se entretenían juntos jugando a los naipes, conociéndose pero sin delatarse si quiera.

Siguiendo la ruta, el siguiente caserío interesante de mencionar es Bacoco, en dirección norte y a pocos kilómetros del anterior. El nombre de Bacoco es uno más de los topónimos que quedaron deformados al transcribirlos del portugués al castellano. El viajero que nos visita por primera vez, al oírlo, le extraña, y se confunde creyendo que el lugar es un espacio exótico con palmeras, pero nada de eso. Su nombre original en portugués era *Vao Covo*, que significa “*paso o badén hondo*”. Situado al NO del término municipal, en las estribaciones montañosas de la Sierra de São Mamede, por donde discurre el río Gevorete, un bonito valle desde donde se alza la Sierra de Bastos con la cota más alta del pueblo, el pico de La Lamparona con 596 m de altura, y a pocos metros de una ermita de gran devoción mariana donde se venera la Virgen de la Lapa, construida en el interior de una gran gruta, un lugar casi desconocido y oculto tras el altar, lugar donde antaño los contrabandistas escondían sus cargas durante el día para no ser descubiertos.

La Codosera es un lugar donde existen algunas ermitas, creo que en total son seis y en el pasado hubo muchas más, todas ellas fueron consecuencia de la necesidad que sintieron los habitantes de épocas anteriores, que buscaron asentarse al abrigo de un castillo y cercanas a una ermita, ante el temor de la guerra y buscando la protección divina. Junto a la última que hemos comentado, muy cerca de Bacoco, en un precioso cerro arbolado, se venera a la Virgen del Carmen y el lugar se llama La Varse, que igual que el anterior, parece que tiene algo que ver con lavarse, pero nada eso. El topónimo es otra más de la deformación del portugués, a *Varzea*, que significa La Vega.

Bacoco, es interesante por ser el territorio donde terminaba lo llano y se iniciaban las estribaciones montañosas del Sistema Central. A partir de los años veinte, quizás en el 27, cuando los aviones de la aviación comercial necesitaron faros terrestres para orientar su rumbo, en la Lamparona, el Ministerio del Aire gestionó la instalación y el servicio de una unidad, funcionando hasta que dejó de ser útil, sustituido por los pilotos automáticos de las naves aéreas.



Pico de La Lamparona con los restos de la caseta del faro

Aparte del faro para a los aviones, en Bacoco y para vigilar el tramo fronterizo, muy alejada del pueblo y con malos caminos, a la sombra de la cima de La Lamparona, hasta su desaparición, estuvo asentada una caseta de la Guardia Civil, donde cada agente vivía con su familia y disponía de un huerto

pequeño para cultivarlo. Así fue hasta el mes de enero del año 1993 que, juntos con los compañeros destinados en los demás destacamentos del municipio, cerraron las puertas para ser trasladados al cuartel comarcal de Albuquerque, desde donde prestan servicios motorizados a este territorio. Hoy día, Bacoco cuenta con un buen restaurante y una fábrica de quesos, y de aquellos viejos comerciantes que, en cada casa de vecino, sin rótulos en las puertas, había uno, ya nada queda. También el faro aéreo dejó de prestar servicio y como recuerdo, en la cima de la Sierra, solo quedan los restos de la construcción donde se alojaba la turbina con motor de petróleo necesaria para orientar al tráfico aéreo trasatlántico.

Por otra parte, el edificio del viejo cuartel, tras subastarse, pasó a propiedad privada y hoy día es un centro de ocio turístico de ambiente rural. El día que se inauguró, por la proximidad con Badajoz, donde viven muchos de los guardias civiles que en su día aquí estuvieron destinados, asistieron al festejo, incluso contaron con la presencia del Coronel Jefe de la Comandancia. La tarde fue larga y todos guardaban un grato recuerdo de este lugar. Como anécdota, no pararon de contar historias y vivencias divertidas que recordaban con mucho cariño de aquel tiempo.

Dejamos Bacoco y en nuestro recorrido encontramos la siguiente de las aldeas, La Rabaza, que debe su nombre a su homónima portuguesa, *a Rabaça*, situada a poca distancia una de la otra. Este caserío es famoso y aparece en todos los libros de texto debido a que, por aquí, cruzando el poblado, irrumpe en España el río Gévora, es por tanto la aldea donde sus gentes, además de haber vivido del contrabando también han tenido la suerte de disponer del agua suficiente procedente del río para regar las tierras cercanas de su propiedad. Es por ello un caserío, igual a los dos anteriores, con las mismas perspectivas de *modus vivendi* que nació junto a la frontera para vivir del comercio del contrabando, con la ventaja que, desde aquí, existe la distancia más corta para llegar caminando a las estaciones de ferrocarril de la vía Madrid-Lisboa, un trayecto que hicieron frecuentemente a través de las montañas, atravesando ríos, a escondida e intentando no ser descubiertos antes de llegar a su destino. En el negocio del contrabando del café había involucradas mucha gente. Además de cuanto hemos mencionado anteriormente, aquí en el tema de la Renfe, los funcionarios del tren también lo estaban, desde el fogonero hasta el revisor formaban parte del tramado.

Junto a las vías del tren, para soltar la carga, actuaban de la siguiente forma. Tenía que ser de noche. Normalmente elegían estaciones casi sin viajeros. Agazapados, esperaban a la salida del pueblo, buscando alguna curva

donde el maquinista se viese obligado a aminorar la marcha y en fila india, con rapidez, esperaban el momento adecuado, desde donde, los maquinistas y sus ayudantes, provistos de garfios largos, izaban las mochilas hasta lograr subir las y con rapidez ocultar, y así llegaban a la capital madrileña, escondidas entre el carbón.

Una vez que hemos comentado el negocio del contrabando en esta parte de La Codosera, queda demostrado que la frontera con Portugal, al ser terreno llano, sin accidentes geográficos de por medio, con una población importante asentadas en viviendas cercanas entre sí, junto a caseríos que actuaban de intermediarios controlando el movimiento los horarios de los guardias, prácticamente era fácil de cruzar.

Si importante para el pueblo fue el tema del contrabando, no lo ha sido menos el turismo.

La historia viene de lejos, cuando los turistas comenzaron a interesarse por el pueblo a partir de mayo del año 1945. Por entonces llegar hasta el pueblo era una aventura en determinados momentos hasta peligrosa. Por entonces la única carretera existente era la que comunicaba con la vecina Alburquerque, 17 km de tierra llena de baches y de por medio, un puente diminuto, el de Carrión, que cuando llovía en exceso permanecía cortado y había que esperar que las aguas volviesen a su estado normal.

Se cumplen ahora 72 años, fecha en la cual un determinado público comenzó a interesarse por los acontecimientos que en este lugar ocurrían. La gran afluencia venida de pueblos cercanos y desde más allá de nuestras fronteras era algo novedoso para los lugareños. Tan importante fueron los acontecimientos que el diario *Informaciones* de Madrid, durante un cierto tiempo, desplazó a uno de sus mejores reporteros, José de la Cueva, para escribir las crónicas de los hechos aquí acaecidos.

En aquel año del 45, las heridas de las guerras aún estaban sangrantes. Hacía un año que la II Guerra Mundial terminó y cinco que finalizó la Guerra Civil española, un panorama no muy esperanzador. Eran tiempos de miserias y de carencias. Tiempos de hambre y de necesidades, tiempos de concordia en España y en el mundo. En la vieja Europa las fábricas habían desaparecido y los bloques de pisos, de derruirlos se encargó la aviación de uno y otro bando, que no pararon de tirar bombas y más bombas. Y para colmo de males, el comunismo se expandía a pasos agigantados, con lo que ello suponía para los creyentes cristianos. En La Codosera las cosas tampoco iban mejor, el dinero era poco y la gente compraba menos. Menos mal que como hemos comentado en otros

apartados, aquí la frontera estaba cerca y había oportunidades que daban para por lo menos subsistir, aunque fuesen medios ilegales con que ganarse unas pesetas, y eso es lo que ocurrió, que un día, hacía finales del mes de mayo del año que comentamos, una niña de doce años de edad, huérfana de padre, acompañada de su prima, se dirigió al caserío del Marco, a comprar café y alguna cosa más de contrabando. Al pasar por el paraje de Chandavila, en uno de los castaños, distante a unos 60 metros a la derecha del camino, creyó observar la figura de una señora vestida de negro. Asustada corrió junto a su prima y se lo contó. Sin darle mayor importancia, hicieron el encargo que su madre le había encomendado, dejaron El Marco y emprendieron el regreso por el mismo camino por donde habían venido. Al llegar a los castaños, empujada por una fuerza sobrenatural la curiosidad le hizo mirar hacía el lugar donde le había parecido ver la extraña figura y, grande fue su asombro al distinguir claramente, envuelta en rayos luminosos, a la Santísima Virgen con una expresión de tristeza en su rostro y elevada a mitad del castaño. Regresó a su casa y pretendió guardar silencio, aunque, no pudiéndolo tener callado, contó a su madre lo ocurrido, pero ésta no la creyó. entre otras cosas le dijo, que como iba a ver a la Virgen si todos los miembros de su familia eran rojos, que a su abuelo y a su padre los fusilaron por ser de izquierda, y en su casa ni se rezaba. Aun así, a la mañana siguiente, los vecinos se enteraron y se armó la revolución. En los días siguiente, la niña no sabía qué hacer, si ir al castañar o no ir, cerca no estaba, el terreno era cuesta arriba y por mal camino y en junio el calor apretaba. Fue gracias a una vecina, una señora mayor que la convenció, se decidió volver al castañar. Y efectivamente, en compañía de Dolores, que así se llamaba, llegaron al lugar y con gran alegría, al poco tiempo volvió a ver a la Virgen y esta vez la Señora le habló y le dijo quién era Ella, además entre otras cosas le pidió que volviese al día siguiente por que iba a hacer un milagro. La niña al llegar al pueblo así lo contó y la que se armó fue buena. El periodista cuenta que por distintos caminos llegaron más de mil personas, incluso de los pueblos de al lado y hasta de Portugal se acercaron. La expectación en el campo se palpaba en el ambiente bajo un sol abrasador. La gente miraba al cielo observando ver si algo se movía. Entre el público se notaba el nerviosismo. El momento era súper emocionante, pues nunca anteriormente la Virgen había anunciado su presencia en la Tierra. De pronto, todos notaron que algo ya estaba ocurriendo al ver a Marcelina arrodillada con las palmas unidas y con rostro celestial. Extrañados se quedaron cuando observaron que sus rodillas se deslizaban por el pedregal lleno de erizos, pinchos y arbustos secos, en dirección al castaño. La madre de la niña, presente entre el público, al verla, se desmayó, pues, ante todos los presentes, la Virgen acababa de hacer el milagro anunciado. Al volver en sí, el

público se agrupó junto a la pequeña y con gran asombro comprobaron que sus rodillas estaban completamente sanas, sin herida alguna. Además, entre la niña y la Virgen mientras que existió el éxtasis, se produjo un diálogo que periodista, el señor De la Cueva, lo narra ampliamente en su libro, *“Los Prodigios de La Codosera”* (9-1945).

No hay duda que el pueblo, con estos hechos y teniendo a la Santísima Virgen tan cerca, tuvo muchísima suerte. Y es que los prodigios de la Virgen de Chandavila comenzaron a manifestarse de forma inmediata después de las apariciones. Las crónicas relatan que en aquellos días hubo gente incrédula que perdieron la vista, mudos que hablaron y enfermos que se curaron. Chandavila era un hervidero de gente venidas de diferentes puntos del país, mientras que los vecinos del pueblo no sosegaban por todo lo que en el cercano campo estaba sucediendo. A medida que el proceso avanzaba, alrededor del castaño de las apariciones comenzaron a surgir, primero un altar al aire libre, después una ermita en cuyo interior aún se conserva el tronco del famoso castaño y más tarde, junto al castaño, un santuario.



Santuario de Chandavila

La noticia de las apariciones corrió como la pólvora por todo el país, una corriente que se mantiene activa hasta nuestros días, Marcelina, que aún vive, una vez terminó sus estudios, ingresó en un Convento de monjas en Sevilla dentro de la Congregación de las Hermanas de la Cruz, como la hermana, Misericordia de la Cruz

Con mucho esfuerzo, y gracias a las aportaciones de los fieles, el santuario que hoy conocemos, fue surgiendo poco a poco, y actualmente es uno de los templos marianos a nivel provincial que más visitantes recibe a lo largo del año. A todo se acostumbra uno, y eso es lo que hicieron los vecinos del pueblo, principalmente los comerciantes, acostumbrarse a vivir en un pueblo célebre. En Badajoz, por ejemplo, se comentaba que la fiesta que por cada 27 de mayo se celebraba, era la fiesta del café, y razón tenían. La distancia del Santuario al caserío portugués del Marco no es mayor de 500 metros, y ese día de romería eran decenas de autobuses los que solían llegar cargados de fieles para rezarle a la Virgen, comer en familia a la sombra de los castaños o por la tarde darse un paseo hasta los comercios portugueses, y en las lonjas, tomar café y comprar un par de paquetes de café en granos.

Había años que la operación les salía bien y regresaban a casa contentos con la buena compra, por lo barato que el café les había costado, pero, hubo otros que los civiles montaron el control a la salida del pueblo, parando a los autobuses y decomisaron todos y cada uno de los envoltorios. Hoy día no es necesario comprar nada de contrabando y sin embargo la gente sigue viniendo. Cada domingo se celebran misas y los bancos de madera se llenan de devotos. Cuantos elementos existen en el interior del templo es arte y belleza, gracias al mejor mecenas que, enamorado de este lugar, cambió los aires madrileños, donde tenía su estudio, y eligió La Codosera para pasar los últimos días de su vida. Escultor de prestigio, premio nacional de bellas artes y con maravillosas obras artísticas repartidas por distintos lugares del mundo, Jenaro Lázaro Gumiel fue el artífice de embellecer este santo lugar donde todo lo visible expuesto en el interior del templo, de sus manos y fina gubia ha salido, incluso quiso que, tras su muerte, sus restos descansaran junto a su Virgen, y efectivamente, en el interior del santuario está la cripta perfectamente señalizada. *El escultor de la Virgen* como reza en su lápida, también quiso hacerle un regalo a su pueblo, a La Codosera, ya que es hijo adoptivo. Para ello, tomando como base uno de los torreones de lo que fue un Castillo medieval, mando reconstruir y en la cima, en lo más alto de la torre, erigió la majestuosa y colosal imagen pétreo de un Corazón de Jesús, posicionado con los brazos abiertos, como dando la bienvenida a cuantas personas de bien se acercan por aquí.



Escultura del Corazón de Jesús

La antigua fortaleza, conocida por el nombre de “*Castillo Juana la Beltraneja*”, por la leyenda que cuenta que la Reina, durante cierto tiempo, estuvo presa dentro de sus muros, es otro de los atractivos más que el pueblo posee. Sin documentación que precise la fecha de su construcción, igual fue mandado construir por los Caballeros Templarios, bastión de los portugueses en su lucha durante la reconquista contra los árabes, o quizás fuese edificado por los nobles castellanos-leoneses en sus guerras contra Portugal. En la actualidad, la propiedad se encuentra en periodo de liquidación y la esperanza del pueblo es que finalmente sea el Ayuntamiento local quién pase a gestionarlo y ponerlo en valor.

Tan antiguo como el Castillo Medieval, y algunas de ellas, puede que aún más, son las tradiciones con las que el pueblo cuenta, a celebrar en diferentes fechas del año, como *Correr el Aleluya*, una tradición milenaria que se celebra en primavera, el Sábado Santo, donde la mayoría de los mozos con ganas de trotar, en la madrugada del Domingo de Resurrección, provistos de campanillos enganchados al correa, recorren cada rincón del municipio con gran algarrabía, celebrando que Jesús ha resucitado. Otra, *La Fiesta de los Mayos*, es de orígenes ancestrales y se remonta a antiguas civilizaciones, donde el fin que se pretendía era el culto a la divinidad Maia y al rejuvenecimiento de los campos. Actualmente la tradición no se ha perdido a pesar que en épocas anteriores siempre contó con la obstrucción del poder eclesiástico unas veces y político

otras. Celebrada el día primero del mes de mayo, es costumbre que, en algunos portales de las viviendas, en encrucijada de calles o plazas públicas, los vecinos coloquen muñecos satíricos rellenos de paja y vestidos de ropas viejas aludiendo, mediante un mensaje, a hechos o acontecimientos acaecidos durante el año. Eso ocurre ahora, pero hace algo más de medio siglo, el mensaje era diferente. Normalmente el personaje siempre era una pareja joven, hombre y mujer, que aparecían sentados en sillas o butacas y vestidos también con ropas viejas, pero siempre, con el tema erótico sexual presente.



Castillo de La Codosera
(entrada principal)

En el mes de noviembre, La *Fiesta de las Castañas*, a celebrar el día primero, festividad de Todos los Santos. Esa tarde-noche, era y lo sigue siendo, casi de obligación, ir al campo para asar castañas a la brasa, lo que a nivel local es conocido como hacer un *magusto*, donde no es preciso llevarlas, pues en los castaños cercanos, esparcidas por el suelo, entre los erizos, con solo pisarlos, las había de sobra. Es una fiesta donde todo el mundo colabora apañando castañas y recogiendo leña para hacer la hoguera, que, calculando y cuando se apreciaban las primeras brasas, se echaban directamente hasta que los entendidos consideraban que ya estaban para comerse. Con el tiempo frío, las castañas calientes están deliciosas y acompañadas de licores, como era el caso, una copa de anís, mejor todavía. En los últimos años, sobre todo la gente joven,

aprovechando el rescoldo de la hoguera, con los trozos de leños a medio apagar, se tiznan la cara, lo que aquí llaman *mascarrarse*. El *magusto* es una herencia de nuestro pasado portugués. A los niños de pequeño, las madres nos decían que las castañas sobrantes las guardásemos debajo de la almohada para comérmolas por la mañana, en Portugal, antes de acostarse, las ponen encima de la mesa en honor a sus muertos porque así, entendían, en caso que volvieran, podrían comérselas. No olvidemos que esa noche en el mundo religioso es el momento de rezar por los fieles difuntos, cuyos actos litúrgicos comienzan pocas horas después con el doblar de las campanas.

Doblan las campanas y también es la hora de terminar este escrito y de hacer una breve reflexión comparativa de cómo han sido a nivel local los últimos noventa años. Sin duda muy positivos, supongo que, con mucho empeño, trabajo y sacrificio por parte de todos, se ha conseguido lo que hoy tenemos. La Codosera es un pueblo donde se han asfaltado la totalidad de sus calles y plazas, todas ellas con alumbrado público homologado. La electricidad también ha llegado a cada aldea o agrupación de viviendas de las muchas que hay dispersas por el campo. Se ha construido una amplia red de carreteras, con los puentes necesarios para atravesar ríos donde los hubiere para dar servicio al vecindario asentado en los diferentes caseríos que pueblan la campiña. En captación de agua potable para el consumo humano, se han hecho las obras necesarias y que en la actualidad continúan con la renovación de la red subterránea de tuberías por estar en malas condiciones. Al pueblo también se le dotó en su día de la red de saneamiento y últimamente con la construcción de la Estación de Depuración de Aguas Residuales. La construcción de un nuevo edificio, sede del ayuntamiento, la Casa de la Cultura, el Centro de salud, el Hogar del Pensionista o el Tanatorio, junto con el pabellón deportivo o las instalaciones del campo de fútbol municipal, también son obras a destacar, además hay que indicar como necesaria, la implantación en el ayuntamiento del servicio informático, o la compra de cuantos vehículos y maquinarias son precisos para dar a los vecinos el servicio adecuado. Todo ello suma y ha sido posible gracias a la Diputación Provincial de Badajoz que ha sabido cumplir con la misión encomendada según el apartado b) de sus competencias, donde dice que una de sus obligaciones ha de ser: "La asistencia y cooperación jurídica, económica y técnica a los Municipios, especialmente los de menor capacidad económica y de gestión". En La Codosera así ha sido y lo hecho a la vista de todo el mundo está. Hoy día, el pueblo no se parece absolutamente en nada a lo que antaño fue.

